

tremeciéndose á tu nombre los infiernos; siendo la fuente de la misericordia y la dulzura; la alegría de las legiones angélicas; la palma de los mártires y la Madre de los que aun pelean sobre la tierra el buen combate; la grande esperanza y el impenetrable escudo de los que militan en el mundo y gimen en el valle de las lágrimas.

¡ María, nuestra Madre la del cielo, cómo somos felices con tu felicidad incomparable! Al contemplarte, criatura sin mancha, siendo la eterna delicia del Padre, y el amor del Paráclito, y la Madre del Eterno Verbo; al considerar las cosas tan grandes y maravillosas que ha obrado en tu favor el que es Omnipotente, el júbilo nos estremece y arrebatá, y sólo podemos exclamar con tus palabras mismas: “Glorifica nuestra alma al Señor y nuestro espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios nuestro Salvador.”



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO
la noche del 8 de Diciembre de 1875.



HE sentido el gozo inmenso que hizo palpar el pecho de Colón cuando pisó la tierra de ese mundo que su genio había soñado, y que según la magnífica expresión de Schiller, si no hubiera existido hubiera brotado del seno de las olas expresamente para él, porque hay un pacto eterno entre el genio y la naturaleza, que obliga á ésta á cumplir lo que aquel promete. ¡He sentido ese gozo incomparable! Un libro que llegó á mis manos me reveló un mundo nuevo de amor y pensamiento. ¡Qué libro! Parece escrito desde una región del cielo, mansión sobrenatural donde moran espíritus á quienes los reflejos más cercanos de la luz divina, hacen vivir con la mirada hundida en visiones maravillosas é inefables. Sorprende hasta

el punto de llegar á dudarse si será el manuscrito de un ángel, ese libro precioso.

No es posible leerlo entre los afanes del trabajo, de los negocios y de las pasiones. De no leerlo á la luz de los primeros albores de la mañana cuando el alma está fresca como las brisas primeras de la aurora que sonríe, es necesario leerlo entonces en la noche, ya al acostarse, cuando el ruido del afán del día ha cesado, el espíritu ha recobrado su equilibrio, ha entrado el corazón en reposo, y la caldera del alma ha soltado el hollín que en la labor de cada jornada se queda apegado al cerebro humano como si fuese la escoria que dejan al fundirse en nuestro pensamiento, los vanos negocios de la vida.

Leyéndolo alguna vez en el peso de la noche, en el pleno recogimiento y profunda soledad, como impulsado por un resorte invisible y poderoso, he saltado de mi lecho para continuar su lectura de rodillas, hasta que el exceso de las lágrimas enturbiando mi vista me ha obligado á extinguir la luz de la bujía y á arrojarme sobre mí almohada sollozando. Sus páginas son las confidencias de un quernbín. ¡Qué libro

tan humilde y tan excelso! Una obscura y paralítica monja de Alemania, una pobre mujer de una ignorancia suma; pero que amaba mucho á su Dios, al entrar en oración iba elevándose poco á poco en éxtasis, hasta que en alas de una visión sublime comenzaba á contemplar extraños cuadros de cosas pasadas y futuras, que arrobaban su alma sencilla inundándola de suavísimas delicias.

La humilde cristiana hizo confianza de sus excelsas y prodigiosas visiones á su confesor primero, luego á su obispo, al Santo Padre más tarde, y al último al mundo entero. Apenas se publicaron las sublimes visiones de sus éxtasis, cuando los sabios europeos de todas las nacionalidades y religiones, se apoderaron de ellas, para juzgarlas sin piedad. Después de algunos años de investigaciones prolijas y profundas que continúan aún, los historiadores, los anticuarios, los arqueólogos, los cronologistas y los filólogos, todos de común acuerdo, han exclamado con sorpresa: "No sabemos si cuanto esa monja ha dicho será igualmente cierto; pero en todo lo que está bajo el dominio de nuestra ciencia ha dicho co-

sas hasta antes de ella ignoradas, con una exactitud tan precisa que para decir las á virtud de sólo la ciencia humana, hubiera necesitado atesorar ella sola mayor erudición, más estudio y más crítica que todos nosotros juntos." Estos hechos han pasado en nuestro siglo, y vivos están los sabios que han rendido sus testimonios.

El libro se intitula "La vida de la Virgen," y su autor se llamaba la madre Ana Catarina de Emmeriech, pobre monja de Dulmen en Alemania, que hace poco acaba de morir como una santa en ósculo dulcísimo de paz.

Ese libro es la historia de la vida de la Virgen María en todos sus más preciosos é íntimos detalles. Al leerlo creese estar leyendo sus memorias, escritas bajo su inmediato dictado. En él se enarra todo lo que hacía en su infancia, en el templo, luego en su humilde casa de Nazareth tibio nido de nuestra amable madre, que por un sentimiento impreso indeleble é incontrastablemente en todo corazón cristiano, ninguno hay que no la considere como propia, ni puede dejar de figurarse que si fuera á ella, la misma madre de Dios saldría á recibirlo

como á un hijo, con una ternura más dulce y más llena de esa amorosa confianza y trémula sorpresa, con que las buenas madres de la tierra reciben á un hijo largo tiempo ausente. Para los católicos, en Nazareth estuvo nuestro hogar común. Hemos de estar en el cielo ya, y todavía, por una fascinación de nuestro amor filial, hemos de estar buscando nuestra cuna por los rincones de la casa de Nazareth. Y sí es nuestra por herencia materna: nuestra Madre en su testamento de amor nos la dejó á todos sus hijos. Todos los católicos, los que fueron, los que somos y los que serán, tenemos derecho cada uno, á una arena de su suelo, á un átomo de sus muros.

¡Cómo sufrió la Virgen María en su huida á Egipto! Merced á ese libro, yo la he visto ir caminando por las quebradas sendas de ásperas montañas, y luego entrar al desierto mar de arena, de horizonte sin límite y de olas mortíferas con sus espumas de fuego. Y es cierto que le dieron alojamiento en esa ocasión unos bandidos, cuyo jefe acompañó al Paraíso al Salvador, en la tarde misma de su muerte; y lo es también el que la miseria se instaló como de asiento

en su hogar, cuando lloró desterrada en Heliópolis nuestra Madre.

En otra ocasión, cuando se dirigían á Belem á inscribirse en el censo ordenado por Augusto, mientras su santo esposo se encaminó á la ciudad á buscar un hospedaje que no encontró, la Virgen se quedó sola en las afueras de la población, y recargada á un árbol, en la hora ya del crepúsculo vespertino, abrumada de tristeza, de fatiga y de sublimes emociones, brotaban silenciosas las lágrimas de sus ojos y nuestra Madre querida se las enjugaba con la punta de su manto sin proferir una queja, sin exhalar el más tenue lamento.

¡El idilio de Betlem es sublime de sencillez y de grandeza! Las peregrinaciones de nuestra Madre al lado de su Santo Hijo, derramando el bien por los pueblos é impetrandosiempre la misericordia divina en favor de los humanos, son como una odisea celeste. No hay ni puede haber tragedia más excelsa que la del Calvario, y según la expresión inmortal de Jeremías, no hay dolor como el dolor de María, al ver espirar á su Hijo, rindiéndose á la muerte, por amor á los hombres, la vida misma.

Jamás puede leerse la vida de la Virgen sin que el alma por endurecida que esté, exclame como en un arrebató involuntario, "no hay vida que sea ni comparable siquiera á la vida de María." No las vanas cualidades que pronto se marchitan y perecen pronto como la flor del heno, sino las dotes del espíritu que por su esencia son inmortales, son las que constituyen la grandeza humana. ¿En qué consiste la verdadera grandeza femenina sobre la tierra? La inteligencia, el amor y el sufrimiento que es el valor de la dulzura, son los tres vértices radicales de la grandeza de la mujer sobre la tierra. La virtud no es necesario enumerarla, porque ella es la base y el fin de todo lo que podemos llamar grande entre los seres finitos, y porque en último término ¿qué es la virtud, sino amor, el más santo, elevado y verdadero amor de todos los amores?

Hablando en un sentido y en un orden meramente humanos, es la vida de María un foco de inteligencia tan incandescente, un abismo tan grande de amor, un mar tan hondo de sufrimiento, que no se alcanza que pueda haber en el mundo real de la

existencia ni en el mundo ideal é interminable del pensamiento humano, vida alguna más alta, más plena, más vida, por decirlo así, que la vida de María de Nazareth. Allí están millares de historias y de tradiciones, de monumentos y de recuerdos de su vida, desde las profecías santas y los sagrados evangelios hasta las leyendas y cantares populares, desde las páginas de Epifanio y de Cirilo, hasta los cánticos de Buenaventura y las estrofas del poema de Orsini nuestro contemporáneo. El mundo entero conoce su existencia, y para todo hombre que ha salido de la barbarie, son hechos irrefragables, que María de Nazareth pensaba y hablaba en el tono altísimo del Magnificat; amaba con el acento con que le decía al Señor en las bodas de Caná, “los esposos no tienen vino,” y la mirada con que perdonaba á los verdugos de su Hijo cuando lo enclavaban; y que sufría, en fin, con las lágrimas que derramó al recibirlo yerto en sus brazos, ó al verlo atravesar sangriento y demudado la calle de la Amargura!

Así pensaba, así amaba y así sufría la humilde doncella hebrea. ¿Hay vida alguna

comparable siquiera con la suya? Si su existencia está tan por encima de toda órbita del mundo real y del imaginario, que su vida supere á toda realidad y á toda idealidad; necesario es renegar de la razón ó confesar que María de Nazareth fué Madre de Dios, porque su vida fué la de la Madre de un Dios.

Conocemos la vida de María ¿Es verdaderamente superior á toda realidad y á toda idealidad humana? Toda comparación es absurda, y sin la santidad de la intención sería blasfemar, porque la vida de María es realmente incomparable; pero pidiéndola perdón antes de nuestra involuntaria profanación y con el solo fin de que pueda ser mejor apreciada la distancia enorme de las otras á la suya, no comparemos sino juzguemos las más grandes existencias reales y las más altas creaciones del ingenio humano, con los ojos fijos en la vida de la Virgen. Veremos entonces, que al lado de la suya, toda grandeza no es ni polvo siquiera.

En el gentilismo la grandeza ideal no se conocía. Yocasta la de Sófoles es un tipo que sobrecoge de repugnancia; horroriza Electra, tan rencorosa y sanguinaria; el

sacrificio inconsciente y sin objeto de Ifigenia en Aulide no puede interesar; Antígona, la hija de Edipo, fué incestuosa al fin; Brisais, la de Homero, era una esclava sin sentimiento alguno y disputada sola por su belleza como un vil trofeo de la victoria. La menos repugnante creación del ingenio gentil es Dido la de Virgilio, sin duda. Esta es la más pura y elevada creación de la poesía pagana, y sin embargo no conoce otro amor que el de los sentidos y remata su grandeza ahogando en el suicidio su oprobiosa pasión. Fuera de la idea cristiana no ha habido verdadera poesía. Era imposible que el gentilismo se elevase desconociendo el amor por completo, y teniendo y adorando como dioses las pasiones humanas. En la poesía del paganismo sólo es admirable, en ocasiones, la forma. La idea y el sentimiento son siempre detestables.

¿Y la poesía cristianizada, qué grandes figuras ideales ha producido? La Clorinda del Tasso y la Margarita de Goethe, son menos bellas que la Julieta de Shakespeare, la Graziella de Lamartine y la Atala de Chateaubriand. Julieta ama mucho á un hom-

bre con un amor que no pueda llamarse impuro; pero que en sus trasportes no sólo pasa los límites de la castidad, sino los de la dignidad femenina y los del decoro social. Su amor, tan destituido estaba de elevación y tan de la tierra era, por decirlo así, que el veneno y la tumba de un doble suicidio fué su postrer vuelo y su último horizonte. Atala es menos grande que su escena, llena de la majestad del desierto y de los encantos de un mundo virgen. La fe de Atala fué incipiente, y la abnegación de su amor á un solo hombre, le hizo romper muy de repente los vínculos de su familia, de su tribu y de su raza, respetables siempre. Interesa el amor de Atala, pero no se llora por ella realmente, hasta que se muere. Graziella, la sencilla hija del pueblo, pero nacida en un mundo civilizado, es más interesante que Atala. El rubor que se confunde en sus mejillas con el polvo del coral que pulimenta: las oraciones y las flores que ofrece á la Madona su piedad ingenua: su abnegación llena de confianza, su primer amor henchido de ternura inocente y delicada, hacen á Graziella muy amable; pero en último término no es más que una po-

bre criatura cuyo amor está limitado á un solo sér; lleno de impaciencias y de desesperaciones como todos los amores de la tierra: y que al fin se extingue en la amargura de una ausencia sin término, dejando la triste huella de un recuerdo en un solo corazón ingrato.

Julieta, Graziella y Atala, ¿qué son sino tres notas limitadísimas del amor humano, sino tres pobres criaturas débiles, tres vasos frágiles que una sola gota de amor que no pudieron contener hizo estallar? Son de las más sublimes creaciones del genio del hombre en su más alto vuelo, del sentimiento humano en su expresión más delicada, y apenas, sin embargo, suman las tres una lágrima del sufrimiento, un tenue rayo de inteligencia, una gota pequeñísima de amor. ¿Son siquiera comparables Julieta, Atala ó Graziella á la Virgen? ¡Pero no! Si sólo formular la interrogación es una blasfemia. María está mneho, muy alta inconmensurablemente, sobre las más sublimes creaciones ideales de la poesía humana. Y ésta es la gran prueba de que existe realmente. Si la Virgen no hubiera existido todo el ingenio humano reunido,

no hubiera bastado para inventarla. Los hombres podemos mentir alterando la verdad que está dentro la órbita de la inteligencia; pero en el tipo de la Virgen todo tiene que ser verdad, porque todo él está fuera del alcance de nuestras creaciones.

La excelsitud de la Virgen María en el mundo ideal, es absoluta é incontestable.

¿Es asimismo evidente su incomparable superioridad en el mundo de las existencias reales? La realidad sobrepuja á la imaginación: nos imaginamos un número muy alto, y es mayor el de las arenas del mar y el de las estrellas de los cielos: multiplicamos distancias en el pensamiento, y no igualan las de un astro: nos imaginamos algo blanco, y la nieve lo es más. La potencia del pensamiento humano en su alcance es indefinida; pero es muy limitada en sus facultades creadoras. Todo es obra de Dios; pero por regla general sus obras son más grandiosas á medida que disminuye el número de los agentes intermedios, como si el carácter de la Omnipotencia más genuino, fuere sacar directamente el sér de la nada por la sola energía de su eficacia. Todas las creaciones ideales de la

poesía humana no se elevan á la altura de una grandeza real. La historia presenta figuras más grandes que la poesía de los pueblos.

Y en el mundo de la realidad, ¿habrá existencia alguna que sea aunque á inmensa distancia comparable á la de la Virgen? A su lado el heroísmo más insigne, el más elevado sentimiento, el poder más extenso son átomos imperceptibles. Juana de Arco, el más sublime heroísmo femenino; Santa Teresa, la más elevada inteligencia que ha hervido bajo cabellera de mujer, y el corazón más amante que ha latido bajo sayal de monja; é Isabel la católica, la reina que ha ejercido su vasto poder con más benéfica transcendencia, ¿qué son en presencia de María?

Juana de Arco en el secreto de su oración sencilla como su alma, recibe la mística confianza de su singular destino. La pastora de Domeremy ha sido escogida por el Cielo, para ser el ángel de los combates que debe salvar con la fe la libertad de Francia. Su pecho destinado á sentir sólo los latidos del amor y á conmoverse con los tranquilos goces del hogar, se cubre con la ar-

madura del guerrero, y el débil brazo de la doncella de Orleans, que sin una misión expresa del cielo apenas hubiera podido sostener una espada, señala con la punta de ella á los aterrados vasallos de Carlos VII el sendero del valor y de la gloria. ¡Cuántas contrariedades, decepciones, ultrajes y peligros encontró esa pobre niña en su camino, sin doblegarse ante ellos y sin exhalar una queja! Tenía á un tiempo mismo su corazón, la dulzura de la paloma y la fiereza del león. Pero era siempre criatura humana de la misma frágil arcilla que todos, y se irritó con desesperación ante la calumnia y tembló sobrecogida de espanto en presencia de la hoguera. El ruido de las armas ahogó en ella la voz de la sabiduría, y la guerrera ilustre nunca supo ni leer siquiera.

Santa Teresa de Jesús. ¡Qué corazón y qué cabeza! De los no inspirados directamente por Dios como los profetas y los apóstoles, se cree que el de Santa Teresa es el genio más grande que ha conocido el mundo después del de San Agustín. Fenelon leía constantemente las obras de esta Santa y solía decir: "olvideme yo antes de mí mismo que

olvidarme pueda de Teresa de Jesús." ¡Qué homenaje de un genio á otro mayor! Y todavía poco era lo que Santa Teresa pensaba en comparación de lo que amaba. El himno de su corazón fué elevando en notas tan altas, que ya casi los ángeles las hubieran comprendido como si fuesen palabras de su propia lengua, si Santa Teresa las hubiera emitido en el cielo. Algunos suspiros del amor que devoraba á la monja de Avila no hubieran producido disonancia en un coro angélico. En sus últimos días, Santa Teresa no debe haber balbutido con sus labios, ya húmedos de aspirar ambiente de cielo, otras palabras que las del Cantar de los Cantares. "¡Circuidme de flores, porque languidezco de amor!"

Y Santa Teresa, sin embargo, no era en toda su grandeza más que una mujer fundida en el molde mismo que todos los humanos. Resistió al principio á la vez del cielo, malas lecturas le emponzoñaron el alma y ella misma dice, que estaba henchida de faltas y de imperfecciones!

El poder es el más trascendental de las grandezas de la tierra. Los que mandan á los pueblos son como los dioses limitados

de la tierra, que visiblemente representan al verdadero y único soberano de todas las cosas. Por eso es un crimen tan grande usurpar la soberanía de un pueblo: es querer suplantar fraudulentamente á Dios. Así como no hay detestación proporcionada para el crimen de los que usurpan la soberanía para el mal, tampoco hay elogio bastante para las que legítimamente apacientan á los pueblos en nombre de Dios y para Dios.

¡Isabel la Católica fué en verdad una reina grande! Obradora insigne de paz consigo misma y con los otros, dió la paz á sus vasallos: la santa paz hija del cielo que es el buen rocío del Señor sobre los individuos y las familias: que hace felices á los pueblos y multiplica sin término las generaciones venturosas. Isabel entró á pie y con la cabeza inclinada á la gentil y codiciada Granada, para que sólo la cruz entrase triunfante. Sus conferencias en el camarín de su tienda, allá en Córdoba, con Colón, ¡qué conferencias aquellas de genio á genio! Y esa misma Isabel de Granada, de Colón y de Gonzalo; urdia, humilde esposa, tela para su marido; y rezaba con todas

sus bellas damas sus fervorosas oraciones, bien puesta de rodillas y con grande recogimiento y devoción. "Hijo mio, Diego, escribía Colón desde Segovia cuando murió Isabel, hemos perdido á nuestra madre." Una sola cláusula del testamento de esta reina valía más que todos los tesoros, los cetros y los mundos que en él dejaba. "Cuando muera, decía, que no sea vestido mi cuerpo, sino envuelto en los cobertores mismos de su último lecho, sin descubrirlo." ¡ Ese cuerpo tan casto merecía bien el alma tan grande que le tocó!

Isabel estaba fundida en reina, pero era del mismo barro que nosotros. Cuando Isabel marcha en medio de su gloria, seguida de Colón y de Gonzalo como de su cauda de genios; se presenta de repente llorosa y detiene el paso de su real cortejo, la Beltraneja infeliz, grande con sus desventuras, sus lágrimas y su justicia.

Juana, Teresa é Isabel, ¿ qué sois vosotras en presencia de María? ¿Cuál de las tres os sentís limpia de toda imperfección, de toda debilidad y de toda mancha? El prestigio de su heroísmo, de su poder ó de su genio, con ellas murió. Juana de Arco fué enterra-

da con su espada; con su toca monjil Teresa; y con su corona Isabel. ¿Quién ha reinado más allá de su tumba? ¿Por qué sólo el reinado de María es inmortal, se va engrandeciendo con los siglos, y el tiempo que todo lo mata á él cada día lo vivifica? En presencia de María todas las grandezas de la tierra son un puñado de polvo, tan pequeño, que el aire que hace con sus alas un insecto al zumbar, es un huracán que lo disipa. Las más grandes figuras históricas al lado de María, ¿qué són? Escuchemos su propio testimonio. La doncella de Orleans consagra su espada sobre los altares de María: la estática de Avila ante su imagen se arrodilla para elevarse en gracia al cielo; y á los pies de María pone su corona la ínclita reina de Castilla.

Si en el mundo de la realidad algo ha existido grande, su mayor grandeza ha sido la luz que reflejara de María. Nada hay en el mundo ideal ni en el mundo de la realidad, que sea ni siquiera comparable á Ella. Un paso más y caemos de rodillas en presencia de María.

María no es una mentira, porque no cabe mentira tan sublime dentro de la órbita de